ARDIDES DE AMOR.

COMEDIA EN TRES ACTOS

POR

DON ELADIO LOPEZ Y RAMIREZ DE ARELLANO.



MADRID.
Imprenta de M. Tello, calle de Preciados, núm. 86.
1862.

ARDIDES DE AMOR.

COMEDIA EN TRES ACTOS

POR

DON ELADIO LOPEZ Y RAMIREZ DE ARELLANO.



MADRID.
Imprenta de M. Tello, calle de Preciados, núm. 86.
1862.

Esta comedia fué presentada por la empresa del coliseo de Variedades y aprobada para su representacion por la junta de censura de los teatros del reino con fecha 22 de Octubre de 1862.

Artículos de los Reglamentos orgánicos de Teatros, sobre la propiedad de los autores ó de los editores que la han adquirido.

«Èl autor de una obra nueva en tres ó más actos percibirá del Teatro Español, durante el tiempo que la ley de propiedad literaria señala, el 20 por 100 de la entrada total de cada representacion, incluso el abono. Este derecho será de 3 por 100 si la obra tuviese uno ó dos actos.» ART. 10 DEL REGLAMENTO DEL TEATRO ESPAÑOL DE 7 DE FEBRERO DE 1849.

«Las traducciones en verso devengarán la mitad del tanto por ciento señalado respectivamente á las obras originales, y la cuarta parte las traducciones en prosa.» IDEM, ARTÍCULO 11.

«Las refundiciones de las comedias del teatro antiguo, devengarán un tanto por ciento igual al señalado á las traducciones en prosa, ó á la mitad de este, segun el mérito de la refundicion.» IDEM, ART. 12.

«En las tres primeras representaciones de una obra dramática nueva, percibirá el autor, traductor ó refundidor, por derechos de estreno, el doble del tanto por ciento que á la misma corresponda.» IDEM, ART. 13.

«El autor de una obra dramática tendrá derecho á percibir durante el tiempo que la ley de propiedad literaria señale, y sin perjuicio de lo que en ella se establece, un tanto por ciento de la entrada total de cada representacion, incluso el abono. El máximum de este tanto por ciento será el que pague el Teatro Español, y el mínimum la mitad.» ART. 59 DEL DECRETO ORGÁNICO DE TEATROS DEL REINO DE 7 DE FEBRERO DE 1849.

«Los autores dispondrán gratis de un palco ó seis asientos de primer órden en la noche del estreno de sus obras, y tendrán derecho á ocupar tambien gratis uno de los indicados asientos en cada una de las representaciones de aquellas.» IDEM, ART. 60.

«Los empresarios ó formadores de compañías llevarán libros de cuenta y razon, foliados y rubricados por el jefe político, á fin de hacer constar en caso necesario los gastos y los ingresos.» IDEM, ART. 78.

«Si la empresa careciese del permiso del autor ó dueño para poner en escena la obra, incurrirá en la pena que impone el art. 23 de la ley de propiedad literaria.» IDEM, ARTÍCULO 81.

«Las empresas no podrán cambiar ó alterar en los anun-

cios de teatro los títulos de las obras dramáticas, ni los nombres de sus autores, ni hacer variaciones ó atajos en el texto sin permiso de aquellos; todo bajo la pena de perder, segun los casos, el ingreso total ó parcial de las representaciones de la obra, el cual será adjudicado al autor de la misma, y sin perjuicio de lo que se establece en el artículo antes citado de la ley de propiedad literaria.» IDEM, ART. 82.

PERSONAS.

D. FERNANDO.
D. JULIAN.
FEDERICO.
ENRIQUE.
MIGUEL.
EMILIA, *hija de D. Fernando.*
MANUELA, *doncella.*
ANGELA } *criados.*
NARCISO }

La escena pasa en Madrid.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa una habitacion decentememte amuebla-da. Puertas al fondo y laterales.—Aparecen sentados D. Fernando y Emilia.

ESCENA PRIMERA.

D. FERNANDO *y* EMILIA.

D. FERN. Sí, querida Emilia; mi ambicion en este mundo solamente es el verte colocada. Mi único anhelo será el ver consumado tu enlace con Federico.

EMILIA. Conozco la buena posicion de Federico, conozco las bellas cualidades que le adornan, y conozco que con nuestro enlace seriamos infelices.

D. FERN. ¿Infelices?... ¡No comprendo!

EMILIA. ¿Acaso podrán ser dichosas dos personas que carecen de simpatías?

D. FERN. No por cierto, hija mia: si es que ese jóven llega hasta el extremo de serte odioso, comprendo perfectamente cuál es mi deber, y nunca trataré de sacrificar tu voluntad en holocausto de su pasion; mas yo solo entiendo que miras su cariño con la mayor indiferencia porque no has llegado á admirar la sublimidad de sus virtudes. Es jóven, de una mediana fortuna, de un singular talento, y posee en alto grado ese don de caballerosidad tan necesario é indispensable para el hombre.

EMILIA. Sufro horrorosamente. Miro con detencion cuantas observaciones me hace V. acerca de ese virtuoso jóven, y miro la imposibilidad de poder ofrecerle mi cariño. En vano seria hacer crear

una pasion fementida en mi corazon, por la cual le hiciese desgraciado para siempre. Yo no le amo: todas sus cualidades me son indiferentes. Ahora bien, padre mio, ¿quiere V. que con corazon despiadado y lleno de fingimiento pronuncie un «yo le amo?»

D. Fern. No por cierto. Al haberte hecho ciertas reflexiones, no fueron otras mis intenciones que las de conciliar los ánimos, saber si le amabas, saber si con su cariño te considerabas dichosa; mas si lejos de esto, seria labrar tu desgracia, ¿podré ser cómplice de un crímen? ¡No lo permita el cielo! ¿Has podido creer por un momento que al proponerte un enlace conspirase á labrar tu desgracia? Creí que amándole serias dichosa; creí que su amor no te seria indiferente, y creí verte en alas de la fortuna. Mas... era mi ambicion, era mi celo, era... era un sueño que, fugaz cual relámpago, embargó mi mente.

Emilia. Solo al lado de V. me considero dichosa; siento latir el corazon á impulsos de su singular cariño, y nadie será capaz de separarnos. (*Se oye un reló.*)

D. Fern. Las once ya. ¿Te parece salgamos á desayunarnos?

Emilia. Salgamos pues. (*Se levantan y salen por la puerta del fondo, y por la de la derecha aparecen Narciso y Angela.*)

ESCENA II.

Narciso *y* Angela.

Narciso. Ya será hora: larga conferencia ha sido.

Angela. ¿Y qué nos importa? Limpiemos las habitaciones, que ya es tarde.

Narciso. No tengas prisa, que nadie nos corre; todo se hará. (*Empiezan á limpiar.*)

Angela. Se ocupaban de D. Federico; ¡ya se ve, la señorita no le quiere!

Narciso. ¿No le quiere?... Algun dia la pesará. Es caballero de muchas pesetas, no menos honradez, y al mismo tiempo, generoso. Siempre me acordaré de la moneda de cinco duros que me entregó tan solo por entregar una carta á la señorita. ¿Te acuerdas?

ANGELA. Vaya si me acuerdo.

NARCISO. ¡Pobre D. Federico! Le compadezco. Si le hubieras visto ayer... ¡Jesus, qué desesperado estaba!... Te digo que me daba lástima.

ANGELA. ¿Pues dónde le viste?

NARCISO. En casa; á poco rato que fuiste á casa de D. Julian, su tio, estuvo aquí.

ANGELA. ¿Hablaria con la señorita?

NARCISO. No por cierto, que me encargó si alguien venia dijese no estaba en casa. Demasiado conoció no queria recibirle. Yo no entiendo cómo D. Federico se estima en tan poco: á pesar de los muchos desaires que le hace la señorita, siempre lo mismo. Yo poco valgo, pero aseguro á fé mia que no lo haria conmigo.

ANGELA. Escucha. (*Dejan de limpiar y se acercan.*) En nosotras las mujeres reina siempre la desconfianza, y por muchas pruebas que los hombres traten de darnos, nunca son bastantes. ¿Entiendes?

NARCISO. Tambien tienes razon... ¡Si sois demonios!... Aún me acuerdo de las aventuras de mi buena Isabel... ¡No quisiera acordarme!

ANGELA. ¿Fué acaso tu novia?

NARCISO. No pude darla ese nombre. Yo, la verdad, la queria; mas como las mujeres sois tan caprichosas á la vez que interesadas... otro con más dinero que yo rondaba su calle... y tuvo á bien extenderme la jubilacion.

ANGELA. Seria sin duda para probar tus pensamientos.

NARCISO. El diablo la lleve y sus pruebas tambien. Yo me hubiera casado con ella á no dudarlo.

ANGELA. Eso lo decís todos; es la primera palabra que usais... lo creemos... ¿y qué nos sucede?

NARCISO. No, no somos todos iguales; mas hoy dia me alegro mucho de encontrarme soltero, porque si no, con mi corto salario y el pan un poco caro, era mi completa ruina.

ANGELA. Tienes razon, Narciso, que con cuarenta reales que ganas no tendrias ni para pimenton... Si tuvieras algun oficio, alguna poquita de hacienda, ya era otra cosa.

NARCISO. Por mi desgracia nada tengo... Si yo encontrase una muchachita que fuese aplicada, trabajadora... entonces ya era otra cosa; á ojos cerrados

podria abrazar la cruz del matrimonio. ¿Qué te parece?

ANGELA. Que no lo lograrás. ¿Qué mujer ha de querer mantener un hombre sin oficio ni beneficio?

NARCISO. Mi desgracia es... que la ropa que tengo encima es peor que la de un trapero... Si yo tuviese buena bota de charol, buen pantalon, buena levita, etc., no dudes que alguna tonta encontraria. ¡Hay tantas que desean un hombre!

ANGELA. Son pocas las que se enamoran de la ropa; casi todas buscamos intereses... Por lo demás, no te hagas ilusiones, que ya no hay madres que tengan hijas tontas. (*Se oye hablar á D. Fernando y Emilia.*)

NARCISO. Ojo, que vienen los señores; dejemos libre la sala. (*Desaparecen por la puerta del fondo, y por la de la derecha aparecen D. Fernando y Emilia.*)

ESCENA III.

D. FERNANDO *y* EMILIA.

D. FERN. Cosa muy rara en D. Julian el haber faltado á la hora acostumbrada.

EMILIA. ¿No se acuerda V. nos dijo ayer no podria venir hasta más tarde? Tenia que asistir á las diez en punto á casa de D. Pedro, el comerciante, con el fin de liquidar unas crecidas cuentas en favor suyo, y este fué el motivo.

D. FERN. Tienes razon, en este momento no me acordaba de semejante advertencia. Mas creo que en mucho tiempo no haga efectivo el cobro; sin embargo que es de sobrada honradez dicho D. Pedro, hoy dia le será de todo punto imposible la cancelacion de cuentas, por carecer de los suficientes fondos. (*Aparece D. Julian.*)

ESCENA IV.

Dichos y D. JULIAN.

D. JUL. A los piés de V., señorita. (*Hace un saludo y estrechan sus manos.*)

EMILIA. Bien venido, Sr. D. Julian; tome V. asiento.

D. Jul. ¿Y V. sigue bien, D. Fernando?

D. Fern. Divinamente. (*Estrechan sus manos.*)

D. Jul. Sentémonos. (*Se sientan.*) Eché á Vds. de menos en paseo ayer tarde.

D. Fern. No crea V., que hicimos intencion; mas se nos hizo un poco tarde...

D. Jul. Pues estuvo deliciosa la tarde.

Emilia. ¿Hubo mucha gente?

D. Jul. Bastante: las muchachas muy animadas. Mas faltó una de las más bellas.

Emilia. ¿Quién pudo ser?

D. Jul. ¿Quién habia de ser? Emilia.

Emilia. Gracias por el favor; creí no sabia V. hacerme elogios de semejante índole.

D. Jul. ¿Elogios?... Ya sabe que es opinion general, y nunca podré desmentirla.

Emilia. Diga V., ¿estuvo Enriqueta?

D. Jul. ¡Vaya si estuvo! se encontraba muy favorecida; iba acompañada de su tierno amante, y hablaban como unos desesperados.

D. Fern. Creo se casan este mes: segun me dijo su padre, tal intencion tienen.

D. Jul. Esas noticias circulan.

Emilia. No dejará de ser una locura; Enriqueta es aún muy jóven.

D. Fern. Sin embargo, es muy buena boda; es cuanto pudiera desear.

D. Jul. Conque, D. Fernando, hablemos de otra cosa; en busca de V. he venido.

D. Fern. ¿Sí? Pues V. dirá.

D. Jul. Tenemos que asistir al juzgado, para que vean si puede quedar hoy despachado mi asunto.

D. Fern. Cuando V. guste saldremos; estoy siempre á sus órdenes.

Emilia. ¿Tambien hoy de juzgado?

D. Jul. Tambien; crea V., Emilia, que me traen loco.

Emilia. Luego encontrará su remuneracion.

D. Fern. Es verdad; pero entretanto, se le originan muchos gastos y no menos disgustos.

D. Jul. Cuando guste. (*Se levantan.*)

D. Fern. En este momento. (*Toman los sombreros.*)

D. Jul. Emilia, páselo V. bien; hasta luego. (*Se levanta Emilia.*)

Emilia. Adios, Sr. D. Julian. (*Estrechan sus manos.*)

D. FERN. Emilia, hasta luego. (*Desaparecen D. Fernando y D. Julian.*)

ESCENA V.

EMILIA *sola.*

EMILIA. ¡Dios mio, qué feliz es Enriqueta! Depositó su cariño en un hombre que supo admirar la pureza de su amor, y muy en breve serán dichosos... ¿Qué mayor placer podrán experimentar que el de ver consumados sus afanes y desvelos?... ¡Ninguno!... ¿Y qué será de mí, que estoy amando con un delirio inexplicable, sin saber si soy correspondida?... ¡Desgraciada!... Le amo con un cariño sin límites, y en premio de este, solo hallo un profundo silencio, que martiriza mi pobre corazon. ¿A quién explicaré estas misteriosas relaciones, que pueda sacarme de azarosas dudas? (*Aparece Manuela por la puerta del fondo.*)

ESCENA VI.

EMILIA *y* MANUELA.

MANUE. Señorita, siempre la encuentro pensando.

EMILIA. Esta es mi suerte. ¿No es verdad que soy muy desgraciada?

MANUE. Bien; pero en medio de todo, valor, señorita.

EMILIA. Enrique se ha olvidado de mí; ha trocado la singularidad de su cariño por el más profundo olvido; quiere, sin duda, con su silencio hacerme desgraciada para siempre.

MANUE. Tal vez las cavilaciones de V. sean infundadas; una enfermedad quizá haya sido la causa de tan profundo silencio.

EMILIA. Con ese silencio trata de hacerme entender que mi amor le es del todo indiferente; si así lo fuese, ¡perdónele Dios tan horrible idea! Si es que el amor que me juró fué un amor fementido y lleno de fingimiento, rásguese ese misterioso velo, descubra mi triste corazon ese veneno infernal que abriga el suyo, y un cruel desengaño arrebate mi existencia. Sí, Manuela; lucha mi corazon con el amor

que le profeso, y lucha tambien con el fatal presentimiento de no ser correspondida.

MANUE. Señorita, no podemos aventurar juicios; por hoy nada sabemos.

EMILIA. Pero dime... ¿Me hará creer que en el trascurso de dos meses, le ha sido de todo punto imposible contestar á cuantas cartas le tengo dirigidas? ¡No por cierto!... Yo solo comprendo que un nuevo cariño hácia otra mujer hizo desaparecer aquel que mil veces me tiene jurado. Sí, sufro horrorosamente con su indigno proceder; siento latir en mi pecho un padecer contínuo que agota mi existencia, y maldigo el momento en que le amé.

MANUE. Señorita, mi único sentimiento es el de no poder aliviar en parte su pesar; mas por lo demás...

EMILIA. Lo sé, Manuela; nada puedo exigir de tí.

MANUE. No queda á V. otro remedio que aguardar con afan esas cartas que alientan su espíritu, ó ese silencio que destroza su pecho.

EMILIA. ¿Y me será posible sofocar por más tiempo este secreto para con mi padre?... ¿Qué tranquilidad puede disfrutar mi pobre corazon, ignorando qué es de Enrique? Cifro mi felicidad durante el dia, forjando una tras otra ilusion; si la noche me cubre con su negro manto... sueño que le veo... sueño que oigo su voz... sueño que estrecha su mano con la mia... y sueño que su corazon le poseo yo.

MANUE. Señorita, este secreto debe morir con nosotras; en vano será buscar medios que puedan tranquilizarla.

EMILIA. Tienes razon; la falta que he cometido para con mi padre, no puede ser reparada sin llegar á resentir su amor propio... ¿Mas qué motivos tendrá Enrique, por los que me ha hecho acreedora de tan cruel sentencia?

MANUE. No me atrevo á adivinarlos. Tal vez seamos demasiado injustas.

EMILIA. ¿Crees que Enrique aún me ama?

MANUE. Juraria que sí; el corazon jamás me fué ingrato, y aún tengo esperanzas de ver á V. casada con D. Enrique. (*Se oyen pasos.*)

EMILIA. Silencio, que alguien viene. (*Aparece Federico por la puerta del fondo, y por la de la izquierda sale Manuela.*)

ESCENA VII.

EMILIA *y* FEDERICO.

FEDER. Emilia, beso sus piés. (*Hace un saludo, estrechan sus manos y deja el sombrero.*)

EMILIA. Beso su mano, amiguito.

FEDER. ¿Y su papá de V., sigue bien?

EMILIA. Bueno; un ratito hace salió acompañado de su tio de V.

FEDER. ¡Magnífica ocasion!

EMILIA. No comprendo lo que V. quiere decir.

FEDER. ¡No comprende V.! ¿Y habrá de ser tan ingrata é indiferente, que deseche V. mi cariño?... Sabe usted que la amo; sabe que con su amor cifro mi felicidad, y sin embargo, se congratula en mi desgracia. Yo en los teatros, en los paseos, y por donde quiera que V. va, la sigo. Creo imposible poderla bosquejar lo mucho que la amo, y el gran placer que experimentaria mi alma al oir de sus labios... un «yo te adoro.»

EMILIA. Diferentes veces me ha bosquejado V. ese amor que me profesa, y en vano solicita el ser correspondido; con sumo disgusto tengo que decir á usted que agradezco esa defereneia que en mí ha hecho, y le aconsejo deposite ese su cariño en otra mujer que más libremente pueda corresponderle. El amar á V. me es de todo punto imposible, sí, Federico.

FEDER. ¡Imposible!... ¿Y cuáles son las razones?

EMILIA. No puedo explicarlas; harto trabajo me cuesta con el corazon luchar.

FEDER. ¡Todo lo comprendo! (*Aparte.*) El desprecio, cruel mujer.

EMILIA. No aventure V. juicios.

FEDER. Tal vez; pero solo comprendo que mira V. con la mayor indiferencia cuanto le tengo dicho, porque me detesta. Mas ya solo suplico me revele usted el secreto que su corazon abriga, y que con ese silencio no dé lugar á interpretaciones infundadas.

EMILIA. Mi alma llena de sentimiento y amargura, solo se atreve á decir á V. que hay secretos en el co-

razon, que no pueden trasmitirse. Creo suficiente cuanto he manifestado.

FEDER. No puedo menos de exclamar lleno de sentimiento, que ha sido engañada mi buena fé por lisonjeras apariencias, que parecian conducirme al puerto de la felicidad, y me condujeron á la mayor desgracia. Ahora bien, no trato de imponer leyes al corazon; mas el sentimiento que le arrastra, le obliga á que se exprese sin ambajes. ¿Ama usted acaso á otro hombre?... ¿Se opone á nuestro enlace su padre?

EMILIA. En vano son las interpelaciones de V.; es mi deber guardar un secreto que yace en mi pecho bastante tiempo, y sin embargo que me conduce á la más cruel desgracia, debe morir conmigo.

FEDER. La encuentro á V. trémula y macilenta; descubro en su semblante una palidez extremada y que está revelando lo horrible de la situacion en que rebosa... sí... sí... ahora más que nunca me intereso en descubrir ese misterioso secreto. (*Aparte.*) Lo sé, el triunfo es mio.

EMILIA. No puede ser; harto desgraciada soy en medio de este silencio.

FEDER. Tal vez sean infundadas mis sospechas... pero me atreveria á juzgar que está V. amando á un hombre que no la ama.

EMILIA. (*Con admiracion.*) ¿En qué se ha fundado V. para pronunciar semejantes frases? ¿Sabe V. acaso...?

FEDER. Basta de broma, Emilia: sé muy bien que está usted amando, sé que es víctima de una pasion, y que experimenta los más crueles padecimientos. Ya nada me oculte, que tal vez pueda ilustrar á V...

EMILIA. ¿Qué escucho?... ¿Quién puede haber enterado á V. del secreto que mi pecho abriga?

FEDER. Es cierto cuanto dije, ¿no es verdad?

EMILIA. ¿Le conoce V. acaso?... Esas palabras que ha pronunciado me tienen llena de confusion.

FEDER. Escuche V.: la casualidad hizo que me enterasen del amor que profesa á Enrique Santillana.

EMILIA. (*Llena de admiracion.*) ¡Cielos!... ¿Quién pudo enterar á V. de tal realidad?

FEDER. No es eso lo peor, sino que ama V. con desgracia.

Emilia. ¿Qué dice V., Federico?... ¡Por piedad!...
Feder. ¡Qué he de decir!... Que Enrique no la ama.
Emilia. Mire V. lo que habla; eso es una impostura. (*Aparte.*) ¡Si será verdad!
Feder. ¡Impostura!... ¿Acaso duda V.?
Emilia. Con toda mi fé.
Feder. Pues no dude V., que es una pura realidad.
Emilia. (*Llena de impaciencia.*) ¿Cuándo acabará V.?
Feder. Luchaba con la fatal idea de ser su asesino, y por fin se realizó.
Emilia. ¡Ahora comprendo menos!...
Feder. ¿No podrá V. decir lo es quien mata una ilusion? Los deberes de amigo me imponen la saque del letargo en que yace, y los efectos que pueda producir tan triste nueva me arguyen de criminal.
Emilia. ¡Hable V., por Dios!... ¿Qué misterio es todo ello?
Feder. La daré una grande prueba, si es que acepta gustosa lo que proponga. ¿Se conforma V.?
Emilia. Hable V. y veremos.
Feder. Que me deje V. retirar, y cuando de su casa haya salido, el secreto revelado quedará. ¿Lo acepta V.?
Emilia. Aceptado está. (*Aparte.*) ¿Qué será?... ¡Tiemblo!
Feder. Emilia, venga esa mano.
Emilia. Tome V. (*Estrechan sus manos.*)
Feder. Adios. (*Toma el sombrero y desaparece.*)

ESCENA VIII.

Emilia *sola.*

Emilia. ¡Dios mio, estoy temblando! ¿Qué razones tan poderosas tendrá Federico para juzgarle de infiel? ¡Emilia, valor! (*Aparece Narciso por la puerta del fondo.*)

ESCENA IX.

Emilia *y* Narciso.

Narciso. Señorita, D. Federico me ha encargado entregase á V. esta carta. (*Se la entrega.*)
Emilia. ¿Qué misterio encerrará? ¡Me abandonan las fuerzas!... ¡No sé lo que por mí pasa!... Mas vea-

mos. (*Abre la carta llena de curiosidad y lee:*) «Don Enrique Santillana y doña Isabel Borrell participan á V. su efectuado enlace.» ¡Cielos! ¿qué veo? ¡Del cielo les caiga la maldicion! (*Cae sin sentido en una butaca.*)

NARCISO. (*Acercándose á ella.*) ¡Señorita!... ¡Señorita!... No me contesta. ¡Y se ha desmayado!... ¡Socorro!... ¡Socorro!... (*Acuden Manuela y Angela.*)

Cae el telon.

ACTO SEGUNDO.

La decoracion la misma que en el acto anterior.

ESCENA PRIMERA.

D. Fernando *y* Emilia.

D. Fern. Hace unos dias que te encuentro bastante afectada. ¿Qué disgustos experimentas?

Emilia. ¡Perdon, padre mio, perdon! (*Quiere arrodillarse y D. Fernando lo estorba.*)

D. Fern. Alza, Emilia.. ¿Pues qué delito arguye tu conciencia para así pedir merced?... ¡Nada comprendo!

Emilia. (*Saca del bolsillo una tarjeta y se la presenta.*) Esta tarjeta es la causa de mi mayor desgracia; sí, padre mio.

D. Fern. (*Leyéndola.*) Ahora comprendo menos. Recuerdo este nombre, y que ha frecuentado algunas reuniones donde soliamos asistir. Mas... ¿qué es todo ello? Habla.

Emilia. Sí, es preciso; debo manifestar á V. un horrible secreto que abrigaba mi pecho há mucho tiempo, y que es causa de mi intranquilidad.

D. Fern. Empieza, pues: ya te escucho. (*Aparte.*) ¡Si se amarian acaso!

Emilia. El secreto que abrigó mi pecho, y que en este instante voy á revelar á V., fué el de un amor lícito y honesto. Ya comprendo la sorpresa que le causará un silencio tan profundo. Tambien comprendo haber faltado á los deberes más sagrados que el singular cariño de una hija impone. Mas

yo amaba á Enrique con un loco frenesí, y esta fatal noticia, cuyo portador fué Federico, me hizo desgraciada para siempre.

D. Fern. ¡Le amabas!... No fueron infundadas mis sospechas. ¿Mas á qué guardar tan profundo silencio para con tu padre?... ¿No hubiera sido gustoso en consolarte en tus padecimientos, y feliz en contemplarte dichosa?

Emilia. Creí no fuese V. gustoso en ello, y me decidí por sofocar á su vista una pasion tan vehemente como lo era la que mi corazon le profesaba. No me fué posible ver una persona de sobradas simpatías sin amarla. Ahora solo me resta pedir á usted mil perdones llena de arrepentimiento. (*Enjuga sus ojos.*)

D. Fern. Tranquilízate y no desatiendas en lo sucesivo mis consejos. Si ahora yo entrase en el mundo en igualdad de circunstancias que tú, quizás me dejase arrastrar de esas impresiones que fascinaron tu entendimiento; pero ya á mi edad, he llegado á conocer que la mujer á fuerza de sanos y buenos consejos es como puede abrirse en la sociedad un camino más ó menos brillante, pero siempre honroso y digno. Yo espero no desatenderás en lo sucesivo estas mis observaciones, porque nacen de la experiencia... sí, del cariño de tu padre.

Emilia. Se apoderó de mi corazon una pasion de tanto imperio, que no me permitió distinguir los deberes que tenia contraidos para con V. Mas ahora estoy dispuesta á sufrir con paciencia todos los males que me ocasione la crueldad de un hombre en quien deposité mi cariño, y por quien me sentí arrastrada á impulsos del más ardiente amor.

D. Fern. Ahora comprendo por qué llena de despecho rehusaste el enlace con Federico.

Emilia. Sí, le rehusé porque ya no era dueña de mis acciones; mas prometo desde este momento no ocultar á V. nada: sus verídicos consejos me colmarán de gloria; y siendo esto lo que me propongo, este será el justo blanco donde encamine siempre mis pasos. (*En este momento aparece Manuela por la puerta del fondo.*)

ESCENA II.

Dichos y Manuela.

Manue. Señor, un caballero aguarda á V. en su despacho. Me ha encargado dijese á V. es muy urgente su presencia.

D. Fern. ¿Has dicho que me hallaba en casa?

Manue. Sí, señor... yo no sabia...

Emilia. Sí, vaya V.

D. Fern. Pues bien, hasta luego. (*Desaparece.*)

ESCENA III.

Emilia *y* Manuela.

Emilia. ¡Cuánto sufro!

Manue. Sí lo creo, señorita: cuando supe lo ocurrido con D. Enrique, me quedé... fria. ¿Quién puede fiarse de los hombres?

Emilia. ¡Se casó! Ya en vano buscaré su amor: solo aparecerá ante mis ojos la sombra de la muerte. Quiero entreabrirlos buscando su luz, y no bien la hallo, cuando la pierdo para siempre. Ya solo me considero cual delicada rosa arrancada por torpe mano, que si bien no ha perdido toda su fragancia, no obstante, queda sin vida, porque la tierra no la sustenta. (*Enjuga sus ojos.*)

Manue. Señorita, no se acuerde V. de semejante cosa, que ese recuerdo solo servirá para disgustarla. El sentimiento es natural; mas debe poner de su parte cuanto pueda para olvidarlo.

Emilia. No me es posible; yo queria á Enrique con todas las efusiones del corazon, y esta ingratitud...

Manue. Ya lo considero todo; mas yo no lo hubiera creido.

Emilia. ¡El recordarlo me horroriza!

Manue. No fueron infundadas las sospechas de V.

Emilia. El silencio que guardaba me estaba revelando tan cruel desenlace; mas bien, yo me retiraré de la farsa que el mundo encierra.

Manue. ¿Qué dice V., señorita? Esas palabras misterio grande encierran... y yo, por el cariño que á usted profeso, deseara saber sus ideas.

EMILIA. Nada, Manuela; he pensado encerrarme en un convento para siempre; he pensado pasar los dias amargos de mi vida en medio de la mayor soledad, y de este modo apartar de mi torturada imaginacion los extraños pensamientos que mi alma abruman.

MANUE. ¿Pero lo dice V. de veras?

EMILIA. Con toda mi fé; no lo dudes.

MANUE. ¿Y cree V., señorita, que su padre ha de consentirlo? ¡De ninguna manera!

EMILIA. Comprendo perfectamente el sentimiento que le causará tan triste resolucion; no dejo de prever la grande oposicion que hará para evitarlo, y comprendo tambien el profundo sentimiento que experimentará al separarme de su lado. Una vez vencidos estos obstáculos, nada oiré... nada sabré... y podré reposar en la mayor soledad.

MANUE. Si alguna consideracion merezco para V., señorita, suplico no lo realice.

EMILIA. En igualdad de circunstancias, tal vez hicieses lo mismo.

MANUE. No lo crea V. ¿Qué consigue con esto?

EMILIA. Es lo único que me resta hacer: es forzoso separarme del mundo fementido, y apurar la hiel del desengaño. ¿Ignoras acaso que he mendigado su amor como el sediento mendiga el agua?... ¿Ignoras acaso que he sido víctima de una pasion, como lo es el reo bajo la destructora cuchilla del verdugo? Su resolucion decidió para siempre mi desgracia, como un severo juez decide la de un mísero criminal.

MANUE. Todas las cosas tienen remedio, menos la muerte. Haga V. por olvidarlo; haga V. porque desaparezca ese decantado cariño que le profesa, y entonces esas llagas invisibles que destrozan su corazon desaparecerán completamente.

EMILIA. No lo creas: cada minuto que pasa, siento abrirse en mi pecho una profunda herida que aniquila mi cuitado corazon; mis padecimientos se aumentan sin cesar, cual fuego veloz que reduce á cenizas los más ostentosos palacios, y cual delicada planta abrumada por el fuerte estío. (*Aparece Angela por la puerta del fondo.*)

ESCENA IV.

Las mismas y ANGELA.

ANGELA. Señorita, D. Federico se halla en casa; me ha dicho si puede ver á V.

EMILIA. Lo siento... Que pase. (*Desaparece Angela.*)

MANUE. Vaya, señorita, hasta luego. (*Desaparece por la puerta de la izquierda, y por la del fondo aparece Federico.*)

ESCENA V.

EMILIA *y* FEDERICO.

FEDER. Emilia... á los piés de V. (*Estrecha su mano y deja el sombrero.*)

EMILIA. Beso á V. su mano. ¿Sigue bien?

FEDER. De salud bien; mas con sentimiento. ¿D. Fernando sigue bien?

EMILIA. Bueno; en su despacho está. Mas podemos sentarnos. (*Se sientan.*)

FEDER. ¿Y V. se halla más consolada?

EMILIA. Sin poder olvidar tal ingratitud.

FEDER. Siento en el alma haber proporcionado á V. un disgusto tan grave, mas ya no se puede remediar.

EMILIA. Dígame V., ¿quién le dió tal noticia?

FEDER. (*Aparte.*) Fatal pregunta.—Emilia, eso no puedo decirlo; dispénseme V.

EMILIA. ¿Y qué inconveniente encuentra para ello?

FEDER. El que se me encargó no descubriese el sugeto, y debo obedecer. Que se casó Enrique, no tenga usted duda. (*Aparte.*) Como yo.

EMILIA. ¿Qué duda he tener, cuando V. mismo me entregó la tarjeta de su efectuado enlace? (*Da un suspiro.*)

FEDER. Pues entonces bien, no se ocupe ya de semejante acontecimiento. ¿Quiere V. darme la tarjeta?

EMILIA. No por cierto; he de conservarla en mi poder como prueba de su ingratitud.

FEDER. Pues hace V. muy mal; ya nada se consigue; una vez verificado su enlace, tratará de ocultarse á su vista de V.

EMILIA. Tiene V. razon; pero de cualquier modo que sea, tengo en mi poder un documento con el cual podré escudarme en todas las ocasiones. ¿Lo comprende V.?

FEDER. Sí, siempre es muy bueno. (*Aparte.*) Para mí muy mal.—Mas hablando de otra cosa, ¿será usted franca para mí?

EMILIA. ¿Por qué no? Siempre lo fuí.

FEDER. Pues bien; sin embargo que no es la ocasion más oportuna, pudiera tal vez convenirnos á los dos.

EMILIA. Hable V., y veremos.

FEDER. Habia pensado en casarme con V.

EMILIA. No puede ser; lo que es por ahora no tengo semejante intencion.

FEDER. ¡Qué temeridad!... Piénselo V. bien. (*Aparte.*) Nada consigo.

EMILIA. Lo tengo ya muy pensado... De todos modos, agradezco su recuerdo.

FEDER. ¡Conque es en vano todo empeño el oir de sus labios de V. un sí! ¿no es verdad?

EMILIA. ¿Acaso el amor se compra? Hoy dia estamos separados por la voluntad, y fuera demasiado cruel en proferir un sí lleno de fingimiento.

FEDER. Emilia, V. desea mi desgracia, ¿no es verdad?

EMILIA. ¿Está V. loco?

FEDER. ¿Y quién será la causa de ella, sino su ingratitud?

EMILIA. Federico, no sueñe V. (*Aparece D. Fernando por la derecha, y Federico se levanta.*)

ESCENA VI.

Los mismos y D. FERNANDO.

D. FERN. Quieto, quieto. ¿Sigue V. bien?

FEDER. Muy bien. ¿Y V.? (*Estrechan las manos.*)

D. FERN. Sin novedad. ¿Y el tio?

FEDER. Bueno; en casa ha quedado.

D. FERN. Sentémonos. (*Se sientan.*) ¿Que nos cuenta V. de nuevo?

FEDER. Yo nada sé; aquí á Emilia la encuentro bastante afectada.

D. FERN. Es muy natural; tambien sentimiento abriga mi

corazon. Ya se ve, nada sabia... y de pronto tal revelacion...

FEDER. Sí, el caso no es para menos. (*Aparte.*) Eso perdeis.

D. FERN. Sin embargo, mucho me estraña la reserva que usted ha guardado para con nosotros.

FEDER. D. Fernando, juro á V. que nada supe hasta ayer, y me apresuré á manifestarlo. ¿Qué quejas puede V. tener?

EMILIA. Verdad podrá ser, pero no puedo creerlo. (*Aparece Narciso.*)

ESCENA VII.

Los mismos y NARCISO.

NARCISO. Señorita, un criado ha dejado esta carta para usted, y habiéndole preguntado si esperaba contestacion, ha manifestado que no. (*Se la entrega.*)

EMILIA. Está bien. (*La toma y desaparece Narciso.*) Federico, V. me dispensará, voy á leerla. (*La abre y empieza á leer.*)

FEDER. Sí, hija, puede V. hacer cuanto guste.

D. FERN. ¿De quién será?

EMILIA. ¡Cielos, qué veo!. . ¿Será posible?

D. FERN. ¿Qué es ello?

FEDER. ¿Es grato su contenido?

EMILIA. ¡Estoy llena de confusion!... ¿Cómo ha calumniado V. así á Enrique?

FEDER. Nada comprendo. (*Aparte.*) ¡Dios mio, se descubrió!

D. FERN. Veamos su contenido, dame esa carta. (*Emilia la da; la lee.*) ¡Por Dios, que es cosa muy rara! ¿No decia V. se habia casado Enrique?

FEDER. ¿Y quién puede dudarlo? (*Aparte.*) Yo el primero. ¡Maldito sea él!

D. FERN. ¡Yo! Escuche V. (*Leyendo.*) «Querida Emilia: »Hoy he llegado á esta, y á pesar del profundo »silencio que has observado á cuantas cartas te he »dirigido, no he vacilado un momento en anun»ciarte mi estancia, y al mismo tiempo manifes»tarte que muy en breve pasaré por esa tu casa »para enterar á tu padre de nuestro proyectado »enlace y merecer su aceptacion.—Tu apasionado,

»Enrique Santillana.» (*Durante este tiempo, Emilia manifiesta alegría, y Federico desesperacion.*) ¿Y qué me dice V. ahora?

FEDER. Ni lo sé tampoco. ¿Qué interés ha podido llevarse el imbécil que me lo anunció? (*Aparte.*) ¡Yo he sido el imbécil!

EMILIA. No ha dejado de ser una villanía de mal género.

FEDER. (*Levantándose.*) ¡Juro á Dios, por mi nombre, que he de arrancarle la lengua! (*Aparte.*) ¡La mia!

EMILIA. ¿Pero qué, nos deja V. ya?

FEDER. Sí, Emilia, me es forzoso; la sangre me está hirviendo... Hasta luego. (*Desaparece.*)

ESCENA VIII.

D. FERNANDO *y* EMILIA.

D. FERN. ¡Vaya un desenlace bueno! (*Se levantan.*)

EMILIA. Me parece un sueño.

D. FERN. De todo cuanto está pasando, mis sospechas recaen en Federico. Estaba demudado, lleno de zozobra, y sobre todo, esa marcha tan repentina... milagro será...

EMILIA. Estoy en lo mismo. ¿Cómo habia de proponerme un enlace Enrique si estuviese casado?

D. FERN. Verdad es; el corazon me dicta que Enrique te ama, que Enrique es inocente, y que solo fué una impostura de Federico.

EMILIA. Pronto se sabrá todo; mas será preciso obrar con tino. (*Aparece Narciso.*)

ESCENA IX.

Los mismos y NARCISO.

NARCISO. Señor, un caballero, cuyo nombre es D. Enrique Santillana, desea hablar con V.

D. FERN. Que pase al momento.

NARCISO. Está muy bien. (*Desaparece.*)

D. FERN. Emilia, déjanos solos.

EMILIA. Bien, padre mio, hasta luego. (*Aparte.*) ¡Que sea para mi bien! (*Desaparece por la derecha.*)

D. FERN. Pues señor, manos á la obra. (*Aparece Enrique.*)

ESCENA X.

D. Fernando *y* Enrique.

Enrique. Beso á V. la mano, D. Fernando. ¿Sigue bien?
D. Fern. Caballero, muy bien. ¿Y V.? (*Estrechan sus manos.*) Deje V. el sombrero. (*Le toma D. Fernando y le coloca sobre una silla.*)
Enrique. Supongo no ignorará cuál es mi venida á esta su casa.
D. Fern. Nada sé, mas V. dirá. (*Con fingimiento.*)
Enrique. (*Con sorpresa.*) ¿Acaso Emilia?...
D. Fern. Menos lo comprendo; si V. no se explica...
Enrique. ¿No le ha manifestado á V. una carta mia?... Pocos momentos há la mandé.
D. Fern. ¡Ya!... ¿Es V. D. Enrique Santillana? (*Como si nada supiera.*)
Enrique. Servidor de V. ¿Qué, de mí no recuerda?
D. Fern. Ahora sí; como hace tanto tiempo que falta de aquí, al pronto dudaba... (*Con ironía.*)
Enrique. Pues bien; yo amo á Emilia, y solo deseo la aceptacion de V. para consumar nuestro enlace.
D. Fern. ¡Caballero D. Enrique!... ¿Quiere V. burlarse aún de mí? (*Aparte.*) Veamos.
Enrique. (*Lleno de sorpresa.*) ¡Por Dios, que nada comprendo! ¿Qué es de Emilia?
D. Fern. Salga V. de aquí. ¿Llega su osadía hasta el extremo de pedir mi hija?
Enrique. Sr. D. Fernando, ¿qué motivos tiene V., por los que me considera indigno de alcanzar la mano de Emilia?... ¿Acaso me desecha la sociedad?... (*Aparte.*) ¡Qué diablos será esto!
D. Fern. Basta ya; repito que salga V. de aquí.
Enrique. Aunque pase por descortés á sus ojos, nunca me retiraré sin saber los motivos; soy caballero, y mi amor propio se halla altamente resentido.
D. Fern. Se conoce bien... ¿Acaso es caballero quien falta á sus promesas?
Enrique. Concluirá V. por volverme loco. ¿Qué misterio encierra cuanto V. dice?
D. Fern. ¿Ignora V. por ventura sé que está casado?
Enrique. (*Con sorpresa.*) ¡Casado yo! ¿Está V. soñando?... ¿Quién se atreve á decirlo?

D. FERN. ¿Qué quiere decir eso? (*Saca la tarjeta y se la da.*)

ENRIQUE. (*La lee.*) ¡Cielos! ¿Quién ha podido forjar semejante calumnia?... ¿Quién es el motor de semejante farsa? (*Aparte.*) ¡Juro á Dios quc si lo averiguo!...

D. FERN. Conque es incierto, ¿no es verdad?

ENRIQUE. ¿Acaso duda de mi veracidad?... Tome V. una prueba. (*Quiere entregar unos papeles á D. Fernando y este los rechaza.*)

D. FERN. Basta, basta; estoy plenamente convencido de su caballerosidad, y no puedo menos de pedirle mil perdones. Mas aseguro á fé mia, que he de castigar la mentira.

ENRIQUE. Una gracia quiero pedir á V.

D. FERN. Dígame V...

ENRIQUE. Deseara me dijese V. quién fué el cobarde que tal ideó.

D. FERN. Todo haré menos eso: yo sabré lo que he de hacer (*Aparte.*) ¡Federico fué!

ENRIQUE. No insisto en mi pretension por respetos á usted; mas yo trataré de indagarlo, y entonces...

D. FERN. Enrique, verá V. á Emilia.

ENRIQUE. Sí... sí, quiero verla. (*D. Fernando se llega á la puerta de la derecha y la abre.*)

D. FERN. Emilia, ¿puedes salir?

ESCENA XI.

Los mismos y EMILIA.

ENRIQUE. ¡Gracias á Dios que torné á tu lado! (*Estrecha su mano lleno de alegría.*)

EMILIA. ¡Enrique!... ¿Tú por aquí? (*Aparte.*) Al fin es mio.

D. FERN. Emilia, fué una impostura; mas... silencio.

EMILIA. (*Llena de gozo.*) ¡Enrique!... Enrique, lo veo y no lo creo. El corazon no me engañaba: dudaba de tí y maldecia mi suerte: un pensamiento extraño circulaba por mi mente, y una profunda duda reinaba en mi corazon. Mas... esa duda hoy terminó.

D. FERN. Podemos pasar al gabinete, estaremos mejor.

ENRIQUE. Como V. guste; por mí, estoy aquí bien.

EMILIA. Mejor será que pasemos. (*Estos desaparecen por la puerta de la derecha, y por la del fondo aparece Narciso.*)

ESCENA XII.

NARCISO *solo.*

NARCISO. El diablo que lo entienda: ayer lágrimas, hoy alegrías; antes casado D. Enrique, ahora ya soltero: no espero ver otra cosa. Por lo que he oido, se casa la señorita con D. Enrique. ¿Dudará ahora D. Federico si le ama la señorita? ¡No por cierto! En vano han sido cuantos medios tocó para el logro de sus proyectos. ¿Y quién puede fiarse de mujeres? Lo que es por mi parte, las juré guerra á muerte. Si yo fuera un hombre grande... lleno de riquezas... ¡qué chascos habia de darlas! Mas paciencia, Narciso, que nunca saldrás de tus cuarenta reales, y alguna que otra propina por servir de... demandadero. Ahora bien, yo debo noticiar á D. Federico de cuanto pasa, y este en agradecimiento... soltará una buena propina. Sí, Narciso; no seas bobo, que si no solo con cuarenta reales poco pelo echarás. Mi destino fué el de servir á todos: el que mejor me paga, aquel es mi amigo. Esto es natural: lo demás fuera bobería. Siento pasos; gente viene. (*Aparecen Emilia y Manuela por la puerta de la derecha.*) Ya están aquí... ¡Si me dejarán solo en alguna parte! (*Desaparece por la del fondo.*)

ESCENA XIII.

EMILIA *y* MANUELA.

EMILIA. De placer estoy loca. ¿Recuerdas cuando decias que Enrique me amaba?

MANUÉ. ¡Demasiado!... ¿Y ahora tomará V. el velo? (*Con sonrisa.*)

EMILIA. El del matrimonio, mañana.

MANUE. Pero ¡qué mal se portó D. Federico!

EMILIA. No me hables de él, que su nombre me horroriza. Segun Enrique, hacia dos meses que de mí

no sabia. Sin duda interceptaba la correspondencia.

MANUE. ¡Qué atrocidad!

EMILIA. Mas silencio: Enrique está muy furioso, y deseando saber quién la tarjeta nos dió.

MANUE. Y no es el caso para menos... ¡Calle V., por Dios! ¿Y si lo llega á descubrir?

EMILIA. Si tal llegase á suceder, culpa mia no será cuanto pudiese ocurrir.

MANUE. Tambien tiene V. razon; mas... ¿sabrá algo su tio?

EMILIA. Ni por sueño: D. Julian es un buen amigo, y el dia que esto sepa, tendrá un gran disgusto.

MANUE. ¿Conque se quedan Vds. en Madrid?

EMILIA. Sí, viene nombrado oficial primero del gobierno civil.

MANUE. Mucho me alegro.

EMILIA. Y yo tambien. (*Aparece Angela.*)

ESCENA XIV.

Las mismas y ANGELA.

ANGELA. Señorita, si he de arreglar las demás habitaciones, es preciso me dé V. las llaves.

EMILIA. Bien, vamos allá todos. (*Desaparecen por la puerta del fondo.*)

Cae el telon.

ACTO TERCERO.

La decoracion de este acto presenta una sala decentemente amueblada; puerta al fondo, ventanas á la derecha é izquierda del escenario; á la derecha una mesa de escritorio.—Aparece sentado en una butaca Federico, y con la mano sobre la frente.—(Despues de un momento de pausa)

ESCENA PRIMERA.

FEDERICO *solo.*

FEDER. Pues señor, me he divertido. Cuantos ardides puse en juego para que Emilia fuese mia, todos me fueron supérfluos. ¿Y qué me resta hacer? (*Se levanta.*) ¿Qué recurso tengo ya en el mundo?... ¡Ninguno!... Experimentar los crueles padecimientos que ha producido una pasion tan vehemente, y rebosar en medio de la mayor desgracia. Hubo un tiempo en que, ambicionando su amor, mi corazon se creia feliz; ¡mas hoy espiró esa ilusion!... ¡Me parece un sueño! Estoy luchando con la verdad y la mentira, y esta lucha destroza mi pobre corazon. Estoy lleno de afrenta ante los ojos de la mujer que más amo en el mundo, y antes que esto público se haga, debo llevar mi secreto hasta el sepulcro; debo arrancarle de sus brazos esa mujer... y debo, si es necesario... ¡arrancarle el corazon! (*Se oyen pasos.*) Mas siento pasos. ¿Quién será? (*Aparece Miguel.*)

3

ESCENA II.

FEDERICO *y* MIGUEL.

MIGUEL. ¿Estamos solos?... Dios te guarde. (*Estrechan las manos.*)

FEDER. Sí... ¿Qué nuevas traes?

MIGUEL. No son muy buenas, amigo.

FEDER. Explícate... ¿Qué ocurre?

MIGUEL. Escucha... Enrique Santillana se halla en Madrid: yo mismo le he visto entrar en casa de Emilia.

FEDER. (*Con sentimiento.*) Lo sé. ¡Viene á casarse!

MIGUEL. (*Con sorpresa.*) ¿Pues qué has hecho de tus planes?

FEDER. Completamente destruidos; mas he de jugar el todo por el todo.

MIGUEL. Muy mal harás ya.

FEDER. ¿Acaso la ingratitud de esa mujer no lo merece?

MIGUEL. Cálmate. ¿Eres tú por ventura de esos hombres que se dejan llevar al precipicio, guiados solamente por los impulsos del corazon?... ¿Desconoces acaso que en esta triste vida tenemos que hacernos superiores á los reveses fatales de la fortuna?

FEDER. Todo lo comprendo; mas mi corazon reclama venganza.

MIGUEL. Desprecia con arrogancia cuanto ha sucedido; no dejes de meditar que es una débil mujer la causa de tus padecimientos, y haz por engrandecer esa dignidad, ese privilegio que los hombres gozamos entre los demás seres.

FEDER. No puede ser: me falta la paciencia, me sobra la ira, y allá en mis adentros resuena una débil voz que me dice: «¡venganza!... ¡venganza!»

MIGUEL. Dime, ¿podrás en justicia reclamar venganza para una mujer que confesó no te amaba? Esas creencias no las aplaudo; esas frases pronunciadas son debidas á la horrible pasion que martiriza tu pecho. En momentos más tranquilos sabrás distinguir lo blanco de lo negro, lo cierto de lo dudoso, lo real de lo imaginario. En una palabra, este desengaño concluirá por ilustrarte.

FEDER. El amor hace olvidar la dignidad, el amor propio; todo queda bajo su invencible yugo. Confieso que soy un imbécil, que estoy sufriendo largo tiempo el martirio del sufrimiento, y en vano es todo. Quiero olvidarla y no puedo... En fin, ¡yo la adoro!

MIGUEL. Todo cuanto me dices comprendo, pero sabes que soy tu amigo, y espero no desatenderás en lo sucesivo mis pobres consejos. Así alcanzarás el triunfo en medio de tantos disgustos.

FEDER. Sé hasta dónde llega tu amistad... ¡Gracias... gracias!

MIGUEL. No puedo detenerme ni un momento más... Conque hasta luego.

FEDER. ¿Tan pronto?

MIGUEL. Tengo mucho que hacer: solo vine por enterarte.

FEDER. Entonces, ¿dónde nos veremos?

MIGUEL. Si acaso, en el Prado.

FEDER. No faltaré. (*Estrechan sus manos.*)

MIGUEL. Adios, Federico. (*Desaparece.*)

FEDER. De pensar estoy loco. ¿Qué será de mí? (*Aparece D. Julian.*)

ESCENA III.

D. JULIAN *y* FEDERICO.

D. JUL. ¿Sacaste en limpio las cuentas?

FEDER. No, señor; las empezaré muy luego. (*Aparte.*) ¡Para cuentas estoy!

D. JUL. Pues no las descuides, que con urgencia las necesito.

FEDER. Quise empezarlas hace un rato, y con mi amigo Miguel...

D. JUL. Le he visto salir; mas si quieres trabajar, es cosa muy pronta.

FEDER. Sí, es cosa fácil de hacer. (*Aparte.*) No es tan fácil arreglar las mias.

D. JUL. Vaya, trabaja mucho. Hasta luego. (*Desaparece.*)

FEDER. ¡Qué cuentas ni qué diablos!... ¡Pues la ocasion es buena! (*Aparece Narciso.*)

ESCENA IV.

FEDERICO *y* NARCISO.

NARCISO. Muy buenos dias, D. Federico. ¿Lo pasa usted bien?
FEDER. ¿Qué traes por aquí?
NARCISO. ¿Alguien nos oye?
FEDER. No; puedes hablar.
NARCISO. Demasiado lo siento. Aquí mi señor me ha dado este pliego. (*Lo enseña.*)
FEDER. ¿Y para quién es?
NARCISO. Para su tio de V.
FEDER. ¿A ver? (*Le toma.*) ¡Y viene cerrado!
NARCISO. Sí, señor: cerrado viene.
FEDER. ¡Es un diablo!... ¿Sabes el contenido?
NARCISO. Ya lo creo que lo sé: es una papeleta de convite para la boda de la señorita.
FEDER. ¿Pues cuándo se casa?
NARCISO. Si no me equivoco, mañana á las diez.
FEDER. (*Con impaciencia.*) ¿Pero estás seguro de ello?
NARCISO. Lo mismo que lo digo. Yo creí que V...
FEDER. ¡No he sido tan dichoso! ¿Querrás hacer un encargo que te dé?
NARCISO. La pregunta me gusta. ¡No faltaba más! Cuanto V. mande haré.
FEDER. Bien, Narciso; jamás dudé de tí. Llevarás una carta para Enrique. ¿Entiendes?
NARCISO. Está muy bien, lo haré.
FEDER. Voy á ponerla. (*Se sienta y escribe.*)
NARCISO. (*Aparte.*) Por lo menos un napoleon me vale; buen dia eché... ¿Qué menos me ha de dar?
FEDER. Vaya, ahí está. Y en premio de tu desempeño, toma. (*Se lleva la mano al bolsillo, y le da dos napoleones.*)
NARCISO. (*Los toma.*) Descuide V., que al momento quedará servido, y tantas gracias... (*Aparte.*) ¡Buen encargo, y son gemelos!... ¡Dos napoleones! ¡Treinta y ocho reales!... Conque, D. Federico, hasta más tarde; voy á cumplir mi encargo.
FEDER. Nada más; adios. (*Desaparece Narciso.*) Pues señor, la broma es pesada. (*Aparece D. Julian.*)

ESCENA V.

FEDERICO *y* D. JULIAN.

D. JUL. ¿Cómo están las cuentas?

FEDER. Ni un solo número he podido hacer. (*Se dirige á la mesa y da el pliego á D. Julian.*) El criado de D. Fernando dejó esto para V.

D. JUL. (*Le toma.*) ¡Y viene cerrado! (*Le abre y lee con sorpresa.*) Oye... oye... ¡Se nos casa Emilia! Me parece un encanto; jamás me hablaron de ello.

FEDER. Se casa con Enrique. (*Aparte.*) El diablo le lleve.

D. JUL. Por lo visto, no es cosa nueva para tí.

FEDER. Lo he sabido por Narciso.

D. JUL. ¡Y con qué premura! Mañana á las diez. Ahora iba allá; y me alegro, porque D. Fernando me dice tiene que hablarme. Vaya, hasta luego: te quedas solo; ten cuidado.

FEDER. Descuide V., tio. (*Desaparece D. Julian.*)

ESCENA VI.

FEDERICO *solo.*

FEDER. ¡Mañana á las diez!... ¿Y he de ser tan imbécil, que lleno de fingimiento llegue á contemplarla en brazos de otro?... ¡No, y mil veces no! ¡La muerte quizá más bien!... Aún abrigo la esperanza de que Enrique, enterado de la carta, dilate la boda... y entonces... Mas ¡qué locura! Emilia me desprecia, Emilia me aborrece, y quedarán burladas mis esperanzas. Mas sea cual fuere su resultado, es mi deber no dar un paso atrás, y llevar la cuestion al último terreno. ¡Cielos! ¿Qué posicion es la mia? (*Se oyen pasos.*) ¿Quién vendrá? (*Aparece Enrique.*)

ESCENA VII.

FEDERICO *y* ENRIQUE.

ENRIQUE. Tengo el honor de saludar á V. (*Deja el sombrero.*)

FEDER. El honor es el mio. Siéntese V.

Enrique. Gracias, estoy muy bien. Una carta he recibido de V. y me he apresurado á complacerle.

Feder. (*Con turbacion.*) Sí, es verdad. (*Aparte.*) ¿Qué diré?

Enrique. Pues bien, V. dirá.

Feder. No ignorará V. las relaciones que me unen con D. Fernando y Emilia...

Enrique. Les he oido hablar. (*Aparte.*) ¿Si será el de la tarjeta?

Feder. Segun tengo entendido, mañana se casa V.

Enrique. Pensado está así, si no ocurre algun incidente.

Feder. Si mi pobre consejo valiese algo...

Enrique. ¿Qué me quiere V. decir?

Feder. Debo callar...

Enrique. No por cierto; exijo que se explique V. (*Aparte.*) Se descubrió; él es.

Feder. ¿Sabe V. que le ama Emilia?

Enrique. ¿Y con qué derecho me hace V. esa pregunta?

Feder. Ya puede V. comprender...

Enrique. (*Lleno de furor.*) Basta; ahora comprendo todo; sin duda es V. el autor de mi forjado enlace, el motor de la discordia, y por último, el farsante Federico, á quien Emilia trató de ocultar.

Feder. Caballero, repórtese V. en el lenguaje, y mire usted lo que habla...

Enrique. ¡La ira me está sofocando... y á no respetar la casa de su tio, hubiera V. salido ya... por el balcon!

Feder. Si no calla V., ¡vive Dios!...

Enrique. (*Lleno de furor.*) ¡Aunque me cubra de deshonra al pelear con un cobarde, salgamos... salgamos pronto de aquí!

Feder. ¡Sí, salgamos! (*Se dirigen á la puerta del fondo y son interrumpidos.*) ¡Deteneos!

ESCENA VIII.

D. Julian, D. Fernando, Emilia *y los mismos.*

D. Jul. ¿Dónde encaminaban Vds. los pasos?

Enrique. (*Con enfado.*) Ni lo sé.

D. Fern. Gracias por su proceder para con nosotros, Federico; jamás lo hubiera creido.

Feder. ¿Qué dice V.?

D. Jul. Silencio, señor sobrino, que me avergüenzo en que lleves mi nombre. ¿Está bien que hayas procedido de tal manera con una familia digna de mi mayor consideracion y respeto?

Enrique. Muy extraño es en un caballero el escudarse con la mentira.

Feder. ¡La paciencia me falta!

D. Jul. La conducta seguida en este asunto es indigna de tu nombre; y pensamientos tan pobres jamás abrigaron los Gonzalez.

Emilia. Basta, D. Julian; yo imploro su perdon, á pesar de su cruel proceder para conmigo... Ya que nos casamos mañana, le perdonamos todos, ¿no es verdad?

Todos. (*A una voz.*) Bien, Emilia, bien.

Feder. ¿Qué pasa por mí? ¡Estoy loco!... Las fuerzas me faltan. Perdon, perdon les pido á todos; ya que os casais mañana, admiraré vuestra ventura... en medio de mi desgracia!

FIN DE LA COMEDIA.



